

tres artículos, escritos para dar mayor amenidad á la lectura, aumentando á la vez la coleccion con otros libros de la misma índole, entre ellos *Delicias del nuevo paraiso*, y *Cosas del dia*, con igual esmero corregidos y aumentados.

De manera que cada uno de los tomos que forman la coleccion completa aparecen enriquecidos con trabajos que renuevan y realzan el valor moral de los pensamientos y la viveza del estilo.

Sin que la edicion que hoy ofrecemos desmerezca nada en sus condiciones materiales de las anteriores, nuestro deseo de que la útil y á la vez amena lectura de estos libros, verdaderamente originales, se extienda y llegue á estar al alcance de las clases menos afortunadas, hemos reducido el importe de cada tomo al precio más infimo posible.

EL EDITOR.

LAS VISITAS DE CUMPLIMIENTO.

En los pueblos que por su magnitud y por su vecindario no son grandes ni pequeños, término medio entre la ciudad populosa y la humilde aldea, donde las costumbres ni son sencillas ni son refinadas, el trato de las gentes suele ofrecer varias dificultades, porque se sujetan las comunicaciones á una especie de reglamento oficial de *cumplimientos* insoportables.

Entre los diversos inconvenientes que ofrece al hombre de carácter franco y tranquilo y de índole sosegada el trato con los hombres, el más enfadoso, el más insufrible es el de los cumplimientos, y entre las distintas especies de *cumplimientos* que la sociedad tratable tiene en juego, no hay ninguno más intolerable que el de *las visitas de cumplimiento*.

La feliz invencion de la tarjeta ha ido poco á

poco simplificando esa fórmula fastidiosa del trato de las gentes; así es que en Madrid ha desaparecido la visita personal de cumplimiento, bajo el poder cómodo y comunicativo de la cartulina, y teniendo por diez y seis reales un ciento de tarjetas, y con un ciento de tarjetas cien visitas recibidas ó devueltas, nadie se toma el trabajo de perder el tiempo haciendo personalmente visitas inútiles.

Es el papel del comercio humano donde el litógrafo estampa sencillamente vuestro humilde nombre ó graba pomposamente vuestro escudo de armas ó vuestros soberbios títulos, es una ingeniosa abreviatura, puesta en la pesada tarea del trato humano, viniendo á ser el telégrafo de las relaciones, el camino de hierro de los *conocimientos*. Toma el nombre y cumple por el hombre; es, en fin, la forma más sencilla, más fina y más amable de la *visita de cumplimiento*.

Entendido perfectamente este deber social entre las gentes que quieren tratarse sin aburrirse, es cosa convenida, que han de hacerse estas visitas reglamentarias, espando las ocasiones en que no estén en casa ó no reciban las personas que buscamos, porque la gracia consiste en que no se encuentren los que se visitan. ¡No están! ¡No reciben! ¡Ah, respiremos!

A la tarjeta se la puede recibir de cualquier modo, en cualquier circunstancia; no interrumpe, ni distrae, ni fastidia; no da conversacion ni la pide, no hace preguntas de pié de banco, ni exige respuesta de cajon; mas el uso corriente y fácil de este método no ha llegado todavía á los pueblos de que hablo.

En ellos la visita personal es imprescindible, más aún, implacable, y esto seria lo de ménos; pero no solo es inevitable, sino que además es muy frecuente, y lo que es peor, es indispensable estar en casa para recibirla, porque lo contrario constituiria un caso de desatencion, el enfriamiento de las relaciones, y por último una guerra á muerte.

Se puede huir de un incendio, de una inundacion, de una guerra, de una epidemia; pero no es posible huir de una visita, porque si no se la recibe se enfada, lo cual es grave, ó vuelve, lo cual es peor mil veces: no hay más remedio que estar en casa.

¿Y qué cosa es esta especie de visita?

Es una persona, ó dos personas, y comunmente toda una familia, que vestidas con el mayor esmero posible, y en cualquiera hora, llaman solemnemente á la puerta de vuestra casa: la puerta se abre y la visita entra, sube la escalera y

toma oficialmente posesion de la sala: son personas de confianza, á veces de la más íntima confianza, que en otra ocasion se las recibiría en el rincón más humilde ó más modesto del hogar doméstico; pero esta vez vienen de cumplimiento, y hay que recibirlas en la sala.

A pesar de la costumbre, la familia no está siempre prevenida, no se encuentra preparada, y la noticia de..... «una visita» causa en la casa el efecto de una bomba que estalla repentinamente, y entonces empiezan las carreras, los gestos de disgusto y los movimientos de impaciencia, porque la palabra *visita*, corriendo de boca en boca, suena como una señal de alarma, esparciendo por la casa la confusion más viva; unas puertas se abren y otras puertas se cierran; unos entran y otros salen: la mamá esta sin vestir... ¡qué apuro!... Las niñas están sin peinar... ¡qué conflicto!... y entre tanto la visita espera... ¡qué diablura!

Coje la madre el primer pañuelo que encuentra á la mano y se lo echa sobre los hombros del revés ó del derecho, segun caen las pesas, y se lanza á la sala entrando en ella con paso augusto.

Entre tanto las niñas se componen lo mejor que pueden, esto es, como Dios quiere, y al cabo uno á uno van haciéndose presentes ante la visita to-

dos los individuos de la familia; y la visita y la familia frente á frente, sentadas en semicírculo delante del sofá, pasan media hora fastidiándose mutuamente con toda la finura del mundo.

La familia está deseando que la visita se vaya, y la visita está deseando irse; pero ambas se mantienen heroicamente en sus puestos de honor, cumpliendo con la ley que las obliga á darse mutuamente este mal rato.

El fenómeno es constante en todos los casos; porque la condicion esencial de toda *visita de cumplimiento*, es el fastidio mútuo.

Pero todo tiene su término, y aunque media hora de fastidio es un siglo, la visita se levanta y todo el mundo se pone de pié. ¡Qué solemnidad! Es una ceremonia que seria muy divertida si no fuese tan larga.

¡Oh qué tierna impertinencia! Cuando entra la visita, las dos familias se encuentran como si no se hubieran visto en muchos años; y cuando la visita se despide, parece que se separan para no volverse á ver; y sin embargo, debo decirlo, las dos familias se han visto una hora antes en misa, ó han paseado juntas el dia anterior, ó lo que es más frecuente, son familias vecinas que se están viendo y oyendo todo el dia.

La visita, en fin, semejante á una procesion

más ó menos larga, sale de la sala, y escoltada por la familia, toma la escalera; pero antes ¡qué apretones de manos!... ¡qué abrazos! ¡qué besos! La puerta de la calle corta por último el complicado nudo de los expresivos cumplimientos cerrándose de golpe, y entonces la familia que se va murmura, y la familia que se queda respira.

Estas visitas constituyen entre la gente fina un género de deudas, que es imposible no pagar; porque se puede eludir el pago de una deuda cualquiera, pero una visita de cumplimiento ¿quién no la paga en el plazo improrogable de ocho días? Infeliz el que incurriera en semejante falta de esquisita educacion; le morderian todas las bocas y le arañarian todas las uñas.

El buen trato de las gentes ha establecido esta comunicacion oficial en que las familias, que viven en más estrecha intimidad y en más continua confianza, están obligadas á visitarse solemnemente, por puro cumplimiento, una vez á la semana.

¿Estais enfermo?... pues os matarán á visitas.

¿Os habeis muerto?... pues tendreis que recibir las de cuerpo presente.

Hay mentiras agradables, hay ficciones encantadoras, y el secreto consiste en que la mentira no se descubra, y en que la ficcion no se conozca.

Una mujer puede ser fea, indudablemente lo son muchas; pero si ha adquirido el secreto de parecer hermosa, lo será á los ojos de todos los que la vean; y si parece hechicera, ¿qué le importa no serlo?

Eso es una bella mentira, una apariencia deslumbradora, un engaño agradable; hay uno que finge y otro que cree; esto es corriente, es cosa admitida por toda la redondez de la sociedad.

Puede suceder más todavía, y es que dos se engañen mutuamente sin querer engañarse.

Este fenómeno del corazon humano es muy frecuente en el cariño; y por eso se oye tan á menudo decir á los hombres: ¡Qué ingrata!... Y á las mujeres: ¡Qué falso!... Es el triste momento del desengaño.

Son un hombre y una mujer que se amaban sin quererse.

Pero en materia de *cumplimientos* no hay forma de engañarse; porque el *cumplimiento* es la fórmula convenida de un afecto ó de un interés que no se sienten.

En todo *cumplimiento* hay dos que se rien misteriosamente; el que lo hace y el que lo recibe.

Cumplimiento es la manera fina, sobona, insoportable, pero corriente, que han encontrado las personas bien educadas para burlarse unas de

otras con pleno conocimiento de que se burlan.

Cumplimiento es la mentira selemnemente reconocida; la apariencia en cuyo secreto todos estamos; el engaño convenido; la única ficción en la cual ninguno creemos.

Es la comedia del buen trato en los pueblos donde apenas hay trato alguno.

Pues bien, la *visita* es el más cruel de los *cumplimientos*, porque es un martirio que hay que recibir, y lo que es más, que agradecer: más aún, que hay que pagar.

Las *visitas de cumplimiento* me aterran.

Me gusta la sociedad; me gusta la compañía; la conversación me encanta; pero, Dios mío, las *visitas* me angustian, precisamente porque no son sociedad, ni gente, ni compañía, ni conversación; no son más que *cumplimientos*: esto es, el fastidio.

EL PENSAMIENTO LIBRE.

Realmente es un conflicto para los entendimientos perezosos la obligación de saberlo todo en que lo ponen las celebradas conquistas del derecho moderno. De cualquier modo que sea, para representar dignamente el papel de ciudadano en la sociedad en que vivimos, se hace preciso que hasta los más zotes se conviertan en pozos de ciencia. La libertad nos llama á todos, sin más título académico que el de la cédula de vecindad, á resolver directa ó indirectamente *excátedra* las cuestiones más árduas y los problemas más difíciles en el orden político, moral y religioso... Ni más, ni menos.

Parece, pues, necesario que hasta los más ignorantes añadan por de pronto al título de ciudadanos los títulos de doctores en teología, licenciados por lo menos en política, y siquiera el de ba-

chilleres en moral. Ya sé yo que con el tiempo, porque tal es el progreso, los eclipses de sol, la virtud especial de la quinina, el orden geológico de las capas de la tierra y las ecuaciones de segundo grado, se decretarán por mayoría de votos en asambleas populares, elegidas por sufragio universal; ¡qué duda tiene!... pero entre tanto, nos basta con los conocimientos elementales que se necesitan para gobernar, digámoslo así, el cielo y la tierra, á Dios y á los hombres, este mundo y el otro, lo temporal y lo eterno.

Hasta hace algunos años no habia yo caido en la cuenta de la necesidad de esta aptitud para tener, como ahora se dice, mi opinion, mi respetable opinion acerca de los diferentes puntos que diariamente se controvierten y se deciden en la academia popular de la plaza pública, y era yo partidario de todos los desatinos que la ignorancia y la perversidad del corazon y del entendimiento han puesto en moda. Claro está que entre las diversas libertades que me sonreian, la libertad de imprenta fué la que me pareció más encantadora. Por supuesto, habia llegado mi razon á las más atrevidas conclusiones, sin más estudio que la lectura de algun periódico y sin más razonamientos que los acostumbrados en las disputas de los cafés ó en las conversaciones trascenden-

tales de los corrillos; poseia la fraseología corriente, y era capaz de encajarle un discurso filosófico, político y religioso al lucero del alba.

Ya lo he dicho: la libertad de imprenta me encantaba, y habia aprendido como un papagayo á decir, que *era la emancipacion del pensamiento, la palanca de la inteligencia, y el centinela avanzado de la civilizacion y de la cultura*. ¿Quién me tosía á mí con toda esa série de conocimientos? En punto á crítica, todo caia bajo el peso de mis terribles fallos. Si no me veia cerca de la presidencia del Consejo de Ministros, á lo menos me consideraba con aptitud para alcanzarla.

En este estado poco más ó ménos se hallaba mi entendimiento cuando me asaltó la idea de casarme.

Verdaderamente, echar sobre mí la cadena del matrimonio, era hacer traicion á todas las libertades que me sonreian; pero vaya usted á convencer al corazon con teorías de libertad, cuando se le han metido, permítaseme la frase, entre ceja y ceja las dulces miradas de dos ojos resplandecientes grandes y negros.

No obstante, traté de desechar semejante idea; mas pronto advertí que ántes se hacia preciso borrar los vivos contornos de una preciosa imagen, que yo no sé por qué misteriosa fotografía

se había ido estampando poco á poco en el fondo de mi alma.

Apelé á todos los disolventes que pude hallar en el laboratorio químico de mis ideas, y no encontré reactivo eficaz que disipara las tenaces líneas de aquella imágen permanente.

Mis principios económicos se combinaron produciendo en el acto esta quinta esencia:

«Es pobre.»

Por un momento se oscureció la claridad de la imágen que ocupaba mi pensamiento; mas pronto apareció de nuevo dejándome admirar el tesoro de sus encantos, que la imaginación siempre loca se complacia en realzar con la suposición de todos los atractivos.

La economía no alcanzó á destruir el lujo de su belleza.

Cualquiera que sea el maravilloso conjunto de sus perfecciones, aunque el *fac-simile* de su correcto dibujo contenga el fiel retrato de la misma Vénus, al fin y al cabo era una mujer, y por lo tanto sujeta á todas las fragilidades y á todas las inconstancias de que adolece la cara mitad del género humano.

Así me hablaba la triste experiencia recogida en mi vida de hombre libre, presentándose uno tras otro toda la série de desengaños que

la juventud recoge en sus vanas disipaciones.

El mundo, desde el fondo oculto de mi pensamiento, hacia esfuerzos inauditos por sustraerme del poderoso influjo que en mí ejercía la bella imágen que llevaba grabada en mi memoria; y ocultando la faz risueña con que seduce á los incautos, me presentaba la faz terrible con que desespera á los que han caído en el abismo de sus locos placeres.

Pero la imágen, semejante á la aurora que aparece en el horizonte de un cielo sereno, disipaba las sombras de mi espíritu con la sonrisa de la esperanza y de la inocencia.

Todo fué inútil; mis cálculos, mis reflexiones, mis razonamientos carecían de fuerza para vencer la terca resistencia de mi corazón obstinado, y cerrando los ojos decidí casarme.

Desde el momento en que formé esta resolución irrevocable, comenzó á parecerme desierta la casa en que vivía; me pareció lóbrega, triste, desmantelada. Los muebles, en los que hasta entonces no había reparado, los encontraba de mal gusto, pobres, viejos é incómodos; la mayor parte de los cuadros que adornaban las paredes me parecieron de escaso mérito y de malísimo gusto; porque ¡oh contradicción inexplicable! eran al mismo tiempo demasiado libres en la ejecución y en los asuntos.

Consideré como cosa absolutamente indispensable renovar los muebles, los adornos, y si me es permitido decirlo así, purificar la atmósfera que hasta entónces habia respirado en mi propia casa, sustituyendo el aseo y el orden al abandono y á la libertad que se respira en las casas de los hombres solteros.

Ante todo, elegí la pieza más alegre para que sirviera de tocador á la que, Dios mediante, habia de ser más tarde ó más temprano la madre de mis hijos.

Esta habitacion, severa por la regularidad de las líneas que la formaban y risueña por la claridad con que la iluminaba la luz del dia, se prestaba admirablemente á brillar con todos los ricos pormenores con que el refinamiento de nuestras costumbres adorna esta clase de habitaciones destinadas á eternizar la belleza de nuestras mujeres.

Yo habia admirado muchas veces el gusto exquisito y la esmerada riqueza que ostentan esta especie de templos de la hermosura, y resolví, allá para mis adentros, desplegar allí todo el lujo á que alcanzaron los recursos de mi mediana fortuna.

Gozaba de antemano saboreando la agradable sorpresa que en ella causaria el aspecto esplendoroso de su tocador flamante, cuando me detuvo

una reflexion repentina que me dejó pensativo.

—Lujo... lujo... exclamé hablando solo. La ciencia lo considera como necesario á la vida de la industria, la industria es el gran elemento de las prosperidades públicas, los pueblos más industriales son los pueblos más ricos; luego si se suprime el lujo es, pues, suprimir el alma de la economía política. Muy bien: esto es luminoso y no tiene vuelta de hoja; pero si bien es verdad que hace prosperar á los pueblos, suele darse con frecuencia el fenómeno económico de muchas familias arruinadas por el lujo. Por lo tanto, conviene distinguir: el lujo, como elemento científico, es una gran cosa; mas el lujo, como elemento doméstico, no ofrece en realidad las mayores ventajas.

Además, pensaba yo que el lujo arrojado así á los ojos inexpertos y por lo tanto impresionables de una mujer jóven y bella habia de producirle cierto deslumbramiento, y, por regla general, estas alucinaciones causan vértigos que no suelen tener consecuencias muy favorables para los maridos.

Haciendo, pues, la salvedad científica conveniente para dejar en toda su integridad mis principios económicos, determiné amueblar el tocador de la próxima compañera de mi vida con toda la sencillez posible...

Una vez dispuesta la casa y completo todo el menaje indispensable, pensé del mismo modo en renovar mi modesta servidumbre, porque en verdad no tenía yo la mejor idea de las buenas costumbres de las gentes que hasta entonces me habían servido.

Ya se vé, en mi vida de soltero, no les había ofrecido grandes ejemplos que imitar, y alentados por la intemperancia de mis inclinaciones, habían proclamado, tomándoselas una á una, todas las libertades; mas yo iba á pasar del estado de ciudadano independiente á la categoría de jefe de familia, iba á ejercer las graves funciones de un magisterio, que á la vez me conceden la naturaleza, la religion y la sociedad, y no era prudente exponer la tranquilidad y hasta el decoro de mi casa á los desórdenes de mis criados: los necesitaba ménos libres y más fieles.

Sobre la mesa de mi cuarto había un gran número de tarjetas, y me entretuve en leerlas una á una, recorriendo así la larga série de mis amigos y de mis conocidos. Maquinalmente mis manos iban rasgando unas y apartando otras. Rasgaba las de aquellas personas cuyo trato podía ser peligroso á mi familia, y apartaba las de los amigos, cuyo trato podía conservar sin temor de que corrompieran el corazon de mi mu-

jer ó extraviaran el entendimiento de mis hijos.

¡Extraña contradiccion! Yo, partidario en la plaza pública de todas las libertades absolutas, empezaba á establecer en mi casa el odioso sistema de las más severas restricciones. O me había vuelto loco, ó comenzaba á tener juicio.

Eché una ojeada sobre mi escritorio y otra ojeada sobre mi biblioteca, recordando que en el escritorio había papeles y cartas que contenian imágenes demasiado desnudas y conceptos poco escrupulosos, y en la biblioteca libros que removian los cimientos de la sociedad, ya en forma literaria, ya en forma científica, plagados de todas las sensualidades intelectuales de la sabiduría libre.

La inmunidad del pensamiento manuscrito é impreso, invocando los *derechos del hombre*, me pedian la libérrima circulacion entre los individuos de mi familia, séres racionales al fin, que tenían derecho á respirar el aire de la inteligencia. Mas es el caso que la imbecilidad de mis opiniones políticas no era tan crasa que no me dejara advertir la grave contingencia de que la lectura de aquellos libros y de aquellos manuscritos corrompieran el entendimiento de mi mujer y de mis hijos. El peligro me tocaba tan de cerca, que yo, *libre-pensador*, me aterraba ante

la idea de que mi mujer y mis hijos llegaran á ser tambien *libre-pensadores*.

Pero ¿habia de condenar á reclusion perpétua aquellas luminosas manifestaciones del pensamiento humano? ¿Por qué no habia de poner en manos de mi familia aquellos manuseritos y aquellos libros que el Estado dejaba circular libremente en nombre de la libertad de imprenta?

Despues de dar muchas vueltas en mi cabeza á esta contradiccion terrible entre mis ideas y mis sentimientos, decidí quitar las llaves del escritorio y de la biblioteca; pero tropecé con la probabilidad de un descuido, con la curiosidad tan propia de la inocencia como de la malicia, y tuve por más eficaz el recurso de alejar toda contingencia echando fuera de mi casa los manuseritos y los libros que por primera vez de mi vida me parecian peligrosos. ¡Magnifica idea!... podia hacer con ellos un buen regalo.

Con esta idea me acosté y me dormí tranquilamente; mas me desperté con una nueva preocupacion: si yo alejaba de mi casa aquellos libros, porque su lectura era perniciosa, ¿no habia una verdadera traicion en envenenar con ellos la atmósfera de otra familia?

Me vestí pensativo, cejijunto, malhumorado.
Era una mañana fresca, como lo son todas las

de Diciembre, y la chimenea de mi cuarto, previamente encendida, llameaba, convidándome á respirar el perezoso calor de su aliento. Una idea incendiaria pasó como un relámpago por mi cabeza, y sin más reflexiones, saqué del escritorio y de la biblioteca los manuseritos y los libros, y uno á uno los fui arrojando en la chimenea, apartando con horror los ojos, mientras el fuego convertia en humo y en ceniza todas aquellas libres manifestaciones del pensamiento humano.

Ahora llamo á todos los libre-pensadores que en estos momentos revuelven el mundo, y les pregunto:

¿Qué habríais hecho en mi caso?

¿Habríais, como yo, arrojado al fuego los libros que podian pervertir el corazon y el entendimiento de vuestras mujeres y de vuestros hijos?...

¿Si?

Entónces sois unos inquisidores.

¿Los habríais conservado en vuestros escritorios y en vuestras bibliotecas, dejándolos circular entre vuestros hijos y entre vuestras mujeres?...

¿Si?

Entonces sois unos infames.

De esta manera he llegado yo casi sin saberlo á resolver la grave cuestion de la libertad de imprenta.

Si somos honrados y justos, no podemos querer para la sociedad lo que no queremos para nuestros hijos.

LA LUZ.

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux*, y la luz fué.

Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse y huyeron espantadas de sí mismas.

Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda á la luz como una mujer fea á un espejo.

El Universo abrió los ojos como un niño que nace, se vió brillante como una esperanza y se engalanó como una mujer hermosa.

La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó á dar vueltas alrededor del sol como una mariposa alrededor de una lámpara.

De este prodigio hace seis mil años, y, cosa extraña, todavía no se sabe qué cosa es la luz.

Y debia saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz que tiene delante de los ojos.